

Sandro y Simonetta

Por Facundo Corvalán Araujo

Más allá de los criterios formales y subjetivos de la observación en el arte, siempre las obras del Renacimiento repusieron la atención del público. Particularmente, siempre me llamó la atención algo que escapa de la estética: las pinturas del Renacimiento, sobre todo del florentino, revelan constantemente las complejidades de una sociedad que se dedicaba, con conciencia y profundidad, al valor espiritual de “lo bello”. Muchas veces, esa construcción se sirvió de la imagen de mujeres florentinas para personificar los fervores poéticos y artísticos que informan, a gritos, las ansias de la política.

Cuando observamos las obras de Botticelli es difícil no hacer hincapié en la nueva construcción de la belleza y la armonía que entraban, nuevamente, en diálogo en el Renacimiento. Su “nuevo ideal” se visibilizó a través del rostro de Simonetta Vespucci, un *“fenomeno classico”*. El rostro de esta mujer se reflejó en las más renombradas, enigmáticas o anónimas de la Florencia moderna; sin embargo, resulta interesante visualizar las particularidades de la presencia de la joven Vespucci en la obra de Botticelli.

Claro está que una primera imagen la encontramos en los retratos que le dedica Botticelli. Se duda, muchas veces, de la autoría del retrato de la derecha ya que se atribuye a Piero di Cosimo. Estos interrogantes, más allá de las autorías individuales, reflejan que la imagen de Simonetta había trascendido la producción de Sandro y se había instalado en más de un círculo de pintores en Florencia. Punto aparte, les recomiendo la representación de di Cosimo de Cleopatra, en donde también se utiliza el rostro de Vespucci.



Más allá de los retratos particulares, Simonetta es una figura recurrente de los clásicos del pintor florentino: “El Nacimiento de Venus” y “Alegoría a la Primavera”. Aquí, se apodera no solo de las figuras principales de las obras, sino también de las construcciones iconográficas circundantes. Se observa, en “El Nacimiento...” que, efectivamente, existe una similitud relevante en el retrato de la Venus y de la Diosa Flora, quien recibe a la primera en la costa.



Con seguridad, como se mencionó, en “La Primavera” Simonetta está representada en Flora, siendo la única de las figuras que mira directamente al espectador. Por supuesto, también existen fuertes similitudes, en apariencia, con dos de las “tres gracias” y con la representación de Céfiro y Clotis. Sin embargo, al carecer de

documentos primarios que expliciten las elecciones de Botticelli, resulta dificultoso aseverar que hablamos de la misma mujer.



La imagen de Simonetta fue llevada a la historia del arte en el siglo XIX y, a partir de esta reconstrucción, se construyó un “tipo ideal” en el imaginario popular. Es interesante, en este sentido, rescatar los aportes de la tesis doctoral de Judith Allan. La filósofa explica que, para sus pares florentinos de finales del siglo XV, la joven representaba un ideal atemporal de belleza que trascendía las preocupaciones banales que se impulsaban en los albores de la modernidad, en medio de una compleja vida política social. De esta manera, en un diálogo entre el arte florentino de las puertas de la modernidad y la Europa continental romántica del siglo XIX, Simonetta pasó a ser un ícono cultural que se trasladó, rápidamente, a una construcción literaria y visual que escapa del rastro de su experiencia.